

mundo entero nos aturde y nos conduce tiegos, sin que nos sirvamos a observar ni los motivos que lo han hecho nacer, ni qué causas influyen en su extraordinario desarrollo. Hablamos del nuevo Estado de California sobre el que están fijos los ojos del comercio universal, y cuyas naves y especulaciones surcan todos los mares en su dirección.

Cuando se despertó entre nosotros el primer entusiasmo que las novedosas relaciones de la abundancia de oro debía necesariamente producir, nosotros resistimos aquel primer impulso, y escribimos un artículo en el *Mercurio* manifestando que era imposible una riqueza así no nos pintaba, que si este había sido el caso podría ser sin muy pasajera, y mientras durase en la superficie de la tierra, y que jamás una creciente emigración hallaría ni gran provecho, ni ocupación de una industria transitoria, que debería pronto desaparecer. Muchos chilenos, víctimas del deseo de enriquecerse, y otros arrastrados del inquieto del oro y de acumular una gran fortuna, estan ya de regreso de sus fatigosas expediciones. Los unos después de mil incidentes, trabajos y enfermedades, y después de haber visto por sus propios ojos los pueblos y minerales de aquella encantada región, han vuelto sin los capitales que llevaron y solamente una efectiva pintura de los terribles sufrimientos, del temperamento, y de las causas de quanto quiso hacer soportable la vida. Muchos creyendo ilusionarse nos han dicho, que en sus diligencias recordaron cuando escribimos sobre el oro de California, y los resultados que debían tener, y que nuestras temores tuvieron un desenlace, que habíamos previsto. Estas sencillas relaciones, y la correspondencia que hemos sostenido con algunos individuos, que aun allí permanecen, nos animan de nuevo a exercitarnos sobre la misma materia, para venimos despertarla la misma fuerza por California, no tanto por el oro sino por el comercio, y sus prodigiosas transacciones, que sostienen un alto y casi increíble salario al trabajo.

Ocho y aun diez pesos diarios a un trabajador que es la paga corriente en California, es un sueldo tan extraordinario como el oro que se supone hace 18 meses, y la relación sostenida de cuantos allí se han quedado sobre este particular, es bastante para producir una fiebre de emigración en su pueblo, donde el jornalero no gana más que la trigésima parte de aquél salario. Lamentable la emigración que había paralizado con las malas noticias sobre el oro, vuelve a animarse de nuevo, y se ha llena tanta precipitación como antes, no por esa dejan de llevar buen número de chilenos, cuantos buques salen de Valparaíso, faltándose mas los medios de transportarse que los vehementes deseos de irse. En momentos que nos ocupamos de una inmigración en nuestro suelo, es doloroso ver partir nuestros compatriotas, arrastrados por la perspectiva de ganancias, que si han sido efectivas, no pueden ser de larga duración, no teniendo ninguna base segura sobre que descansar. No es posible tragar esta nueva emigración oponiéndole a ella una resistencia política, ni otra clase de consideraciones naturales, que exaltarían mas sus deseos y ambición, y atacarían los derechos imprescriptibles de su libertad. A estas fiebres no pueden oponerse otras armas que las de la razón, dedicando aquellas convicciones sencillas, que ilustran nuestro entendimiento, y lo preparan a obrar con aquella calma que es la precursora del éxito.

En el curso de nuestras investigaciones tenemos que tocar puntos de alta importancia, sobre el porvenir de aquellas rejas, y sobre nuestras relaciones mercantiles, muy espuestas a las vicisitudes que no juzgamos de par sobrevenir en California. Las especulaciones, hoy tan agudas sobre aquél punto, tienen una base segura en las necesidades indispensables de la numerosa población, que se ha reunido. Mientras subsista el alto salario del trabajo, la agricultura no podrá allí recibir fomento, ni atención alguna, y nuestras especulaciones compuestas de estos solos productos hallarán siempre un seguro mercado mas o menos variable, pero no sujeto a esas violentas transacciones, que antes no podíamos prever, para prevenirmos de sus consecuencias. No obstante, en la organización de aquél nuevo Reino, y en el espíritu que han llevado sus pobladores, podemos encontrar un jérmen de inconvenientes que similarán nuestros proyechos, hasta el caso de dejarnos una verdadera pérdida, lo que tendríamos ocasión de manifestar más adelante. Por ahora nos limitamos a dar una idea del Estado en que efigiamos aquellas improvisadas poblaciones, para aplicarlas después nuestras observaciones mas o menos exactas, desde que no han establecido bases seguras en que establecerlas. California es quizá el ejemplo único de una colonia que nos presente la historia, que se haya organizado en medio de una fiebre de negociaciones, y en un caos de principios sociales, que debía producir el puro egoísmo, y el aislamiento completo del individuo.

El orden social en el estado de civilización a que han llegado los Estados Unidos, y las repúblicas vecinas de la América Española debía desaparecer a la vista del oro, que en tanta abundancia se presentó a los primitivos pobladores. Todos los convenios fueron despedazados, y por la primera vez se vió una sociedad en que el hombre culto se encontró en una escala muy inferior al hombre, cuya fuerza bruta podía resistir los inconvenientes de la intemperie, y realizar los trabajos que querían la separación de la tierra y el oro. Por fortuna toda la población que arribó a California era robusta y joven, y en aquel contraste en que se hallaron colocados tuvieron que entregarse a aquellos pesados trabajos, sin pena de perder de vista a la vista del oro, con que podían comprar su subsistencia. California realizó por algún tiempo esa organización que holgaba a la Europa, y lo preparó un trastorno, en persecución de una igualdad absoluta, que aparecerá solo en la tierra como esos fueros fátuos, que vemos por un instante en los cielos. El comercio, centro de las luces de aquella emigración, nunca empezó a apropiarse lo que poco antes parecía el preciso resultado de la fuerza material, y la igualdad que apareció tan prepotente se vió declinar ante las combinaciones del hombre ilustrado, lo que siempre había de suceder.

La investigación de todos estos fenómenos, que han producido los acontecimientos, que nos llenan de admiración, es sin duda un estudio digno de ocupar al estadista y al filósofo, que recogerían lecciones bien útiles para la humanidad. Este es un árduo trabajo quizá no superior a nuestras fuerzas, pero limitándonos a los resultados económicos, que California debe producir sobre nuestra industria y comercio, aparecerán algunas aisladas observaciones sobre el moral de aquella sociedad, en que el interés abarcando todas las aficiones y principios sociales, ha presentado al hombre despedazando todos los vínculos de la sociabilidad, dejando solo aquellas relaciones que fomentan el egoísmo y concentran los gozos o biensestar del individuo.

Mucho sin duda puede el jérmen de los pueblos; su industria y su comercio y el siglo su quebravimenes tan lleno de gozos y de estímulos, ensanchando los límites de la ambición humana, parece además escocer los naturales esfuerzos de que el hombre es capaz. Los Estados Unidos realizando todos los prodigios de su jérmen a tan larga distancia de su centro de acción, jamás habrían conseguido la quinta parte de la población que hoy existe en California. La emigración habrá sido lenta, y los capitales en proporción con las empresas tranquilas de la agricultura, que naturalmente habrá de ser la primera ocupación de los nuevos pobladores. En una nación tan adelantada existían todos los elementos de una colonia comercial e industrial, pero sus productos no han sido materias primas ni capitales, y el comercio se aleja de donde falta la mano de obra.

California nació b la mano de una de las Ma-

dos de la Unión, habría tenido que pasar al menos veinte años como un gobierno aislado, dependiente del gobierno general, organizando su población, acumulando capitales, y trayendo la emigración, tanto que su enorme distancia de Europa podría proporcionarla. Nada habrá allí que pudiera robar esa magnífica ventura, que su uso ha despertado en todas las naciones de la tierra; su territorio puede mas bien calcularse estéril que fértil, el temperamento mas bien epidémico y enfermizo que sano, sus estaciones son extremas, habiendo en el verano horas abrasadoras, y en el invierno subriendo todo la tierra de nieve. Reptiles e insectos venenosos, fieras que atan al hombre, y enfermedades de todas clases, alejarían también esa prodigiosa emigración que en el Atlántico recibían los Estados Unidos, donde todos los europeos junto con la libertad llevaban las comodidades del hombre civilizado, y un salario al menos doble, que el que tenían en la patria que abandonaban. Todo el oro ha podido restar los portentosos resultados que tenemos a la vista: la idea de una fortuna rápida, la esperanza de volver al seno de su familia a gozar de todas las comodidades, solo han podido ejaltar la imaginación de la numerosa juventud, que atrae California. Pero este oro es una especulación ordinaria, su explotación está sujeta a mil inconvenientes, un ardiente en el solito y la nieve que cubre en el invierno los campos dificultan su trabajo. La inundación de los ríos, que cubren las espesas turberas, que se anuncian en el año, y sus márgenes, y el trabajo de tantos militares de especuladores que han agotado el manto superficial, de donde se saca en mayor cantidad, son motivos que hacen del oro una especulación ordinaria, que se abandona al trabajo del peón, quedando así todo aquél prestigio fabuloso que exaltaba la imaginación de los que a tan larga distancia solo oían los portentos de tan gran riqueza.

Sin duda un salario que no hallaría en ninguna nación de la tierra, dejará su explotación del oro, pero esto es inefecto y las riñas estaciones de aquella e jero disminuirán el tiempo y las horas del trabajo, así en más de la mitad, que en los pueblos templados. No son trabajadores que no saquen oro en muchos días ni aun para sus gastos, otros suspendiendo sobre terrazas que no contienen mas oro, abandonan lo que llaman un producto moderado y seguro, y pierden su tiempo en investigaciones que hacen su razon y desorientan. En estas vacaciones que han perdido en el satinar los militares desempeñados, perduran cada uno la situación de aquél país, segun las naciones que han reunido para establecer la idea de la riqueza de aquél campo encantado, premian ora recurrir a otro camino, en que la intuición absorbe todo los presentes, haciendo el oro un papel muy secundario en los ojos y tránsitos de aquellos pueblos que hoy día se hallan bajo impresión de una otra clase de riqueza, una cosa tan superior a la del oro, escaña que no tiene más límites que nuestra imaginación. En este siglo deben ensayar todas teorías del espíritu humano, y reproducir bajo diferentes fases, cuanto la intuición y las combinaciones más ingeniosas del interés ha inventado. Si asistí a Enriqueadores y de guerra, cierto el hombre las ideas para no ver lo que tantas veces ha sucedido, y quindi solo de las estimulaciones de la imaginación no concilia la lección de la experiencia, no consulta los principios de su razón y se deja engañar de lo que alarga sus esperanzas y deseos.

CABOTAJE — PUEBLOS HABILITADOS.

¿Cuáles serán los administradores de aduana tan libres, tan liberales, que quieran imponerse la tarea de dar cuenta al gobierno de todas las dificultades que les ocurrían en la práctica de los reglamentos, proponiendo también los medios de evitarlas? ¿Será esto exigir demasiado, será un que hacer independiente de los obligaciones? Nosotros creemos que este es el principal deber de los administradores; de otro modo importaría lo mismo que esos destinos fueran servidos por el último de los subalternos.

Si embargo, con cortas excepciones, si hemos de atenernos a lo que dicen, los administradores de aduana no han querido imponerse la tarea de sanjar dificultades por sí mismos; ni dar cuenta al gobierno de las que se les ocurren proponiendo los medios de expiarlas. Y esto no debe marchar así. Un buen administrador debe llevar una cuenta exacta de todos los inconvenientes que ofrecen los reglamentos en la práctica, y cuando menos ponerlos en conocimiento del consejo de aduana para que este delibre sobre los medios de sanjar los que ha de proponer al gobierno.

Dado el año de 1841 está trabajado el comercio de cabotaje con la restricción de solo poder llevar a los pueblos habilitados cierta clase de mercaderías, y estas en tan corto número que aun la mayor parte de los artículos nacionales no están comprendidos en la lista. ¿Y cuál será el objeto de esta restricción? ¿Será proteger el derecho de paseo cuando mucho de los caminos porque tienen que llevarse en esos artículos son intratibias? Los administradores de aduana no habrán concienciado lo injusto de semejante restricción que grava a las mercaderías con costos innecesarios, que mantienen en atraso las poblaciones pequeñas sin ningún objeto plausible que la justifique?

Acabemos de una vez con esas restricciones odiosas que no sirven sino para embargar el comercio y para tener en atraso mucha parte de la república. Una vez que no hay objeto para que subsistan ya qué tener vivos esos monumentos de atraso?

Los administradores de aduana harán mi jefe en no dejar al cuidado de la prensa una obligación que les es infrente.

EL MERCURIO.

VALPARAISO, MAYO 4 DE 1850.

La democracia de los intereses materiales.

Las reformas que emprende el gobierno, o que estimula la oposición, deben encaminarse principalmente a la democracia, hemos dicho, porque es la causa que en el día abarca los trastornos y que es menester dominar en beneficio de la paz pública. Las reformas que sólo tienen en vista la libertad, no responden a la expectativa de los espíritus.

Esta idea que parece meramente política, abraza todas las cuestiones económicas, se holla en el fondo de los intereses materiales del país, y de todos los planes administrativos de los gobiernos.

Un mercado nuevo y valioso se abrió para nuestros productos, y el otro dia se vio cruzado el territorio de Chile de carros, de cargas, de transportes de todo género. Llegados al lugar de cualquiera de nuestras pobres familias del campo, y la visita toda ocupada escuchando frutas, preparando conservas, creando artículos de exportación que render para California.

En las ciudades como en los campos habrá observado el mas distruido, el hecho de esa actividad. El bienestar habrá así a la cabaza del pueblo como publica las escalas del rico, por el derecho del comercio.

Si la providencia asegurase a Chile la continuidad y el aumento de esos beneficios del comercio con California, bien podríamos reírnos con lástima de los ajitadores que aspiran a levantar esas masas ocupadas en gastos pesados y adquirir comodidades.

Este resultado que nos ha venido de un hecho providencial, como la adquisición inesperada de un opulento mercado, es el que pedimos al plan político y administrativo del gobierno.

La cifra de 100 surcos.

La cifra de 100 surcos.